

ADELITA NETO CARLEIAL*

MOVIMIENTO-PARTIDO: EL CASO DEL MOVIMIENTO DE LOS TRABAJADORES SIN TIERRA (MST) EN BRASIL

INTRODUCCIÓN

Las elecciones de 2005 que dieron victoria a Evo Morales en Bolivia fueron conquistas de un amplio movimiento de masas campesinas e indígenas dirigidas por el Movimiento al Socialismo (MAS), que es un partido-movimiento. Otro caso histórico es la conquista por el Partido de los Trabajadores (PT) de la presidencia de la república, en Brasil, en los años dos mil, partido que se constituye por un conjunto de tendencias políticas en disputa permanente, que hace con que éste se vuelva un frente político propio de movimiento social. Más ejemplos de partido-movimiento serían “los sandinistas en Nicaragua, Levalas en Haití, [...], el Frente Farabundo Martí en El Salvador” (CLACSO, CETRI, 2003: 165). Ese fenómeno social fue identificado por Gramsci, en otro tiempo y lugar, cuando hace referencia a partido-movimiento en diferentes momentos de sus análisis acerca de la política italiana, por ejemplo: “los partidos confesionales, como el Centro Alemán y los diversos partidos populares-cristianos-sociales” (Gramsci, 1981: 81-82), o entonces cuando habla del Partido Popular que integra la Acción Católica (*Ibíd.*: 94-95), y aun el caso del Partido de la Acción

* Profesora-investigadora de la Universidade Estadual do Ceará (UFC); es licenciada en Socióloga, por la UFC, maestra en Sociología por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, y doctora en Sociología por la UFC.

como “un movimiento de agitación y propaganda de los moderados” (*Ibid.*: 108-109).

Esta problemática de la intersección entre movimientos sociales y partidos es pues una cuestión de la realidad que el pensamiento social intenta interpretar. En ese sentido, el presente artículo tiene como reto discutir esa relación, pero desde otra perspectiva, o sea de movimiento-partido, es decir, de movimientos que tienen ciertas funciones de partido político, tal como nosotros creemos que es el Movimiento de los Trabajadores Sin-tierra (MST) en Brasil.

Es objetivo de esta investigación buscar entender: ¿Por qué ese movimiento tiene tales funciones? y ¿Cuáles fueron las principales circunstancias que permitieron esa nueva formación política en la sociedad civil brasileña? Para lograr hacer eso, vamos ejemplificar ciertos modos de hacer política de este movimiento social, que corresponden a formatos teóricos de partidos.

La selección de ese movimiento social tuvo por base su importancia histórica y política en Brasil e internacionalmente. Es un movimiento social y político de fuerte presencia en la prensa y tiene logrado permanecer en actividad por décadas, lo que le confiere una significación social importante, que justifica mirarlo desde el punto de vista de la academia.

Queremos construir la idea de que el MST es un *movimiento social con funciones de partido*. Es decir, puede ser una fuerza renovada de la política, que construye “formatos partidarios” de discursos democráticos, y con eso presenta a la sociedad alternativas políticas ideológicas consistentes y aceptables para la población en general o, en otras palabras, ha conformado cierta noción de institucionalidad menos deteriorada, menos desacreditada y, por eso, confiable. Quizás haya otros movimientos-partidos en América Latina.

La premisa básica de ese análisis es que los movimientos sociales son agrupaciones de distintas tendencias políticas, de variadas conciencias sociales, hermanadas en objetivos comunes relativos al modo de vida.

Ciertos apuntes acerca de los límites metodológicos de este análisis son necesarios. Lo importante en esa reflexión conceptual acerca de los *movimientos sociales con funciones de partido político* es probar que la *praxis* histórica impone a los teóricos un repensar permanente acerca de los presupuestos teóricos que permiten interpretar las oportunidades políticas coyunturales.

Es cierto que los clásicos de las Ciencias Sociales nos dan respuestas con sus aportaciones teóricas, pero es necesario tener una atención crítica acerca de los límites de ese pensamiento social.

La realidad social, con sus cambios permanentes, impone al intelectual flexibilizar su mirada, para comprender mejor la relación entre estructura y superestructura. Según Gramsci dice,

[...] en el estudio de una estructura hay que distinguir lo que es permanente de lo que es ocasional. Lo que es ocasional da lugar a la crítica política. Lo que es permanente da lugar a la crítica histórico-social (Gramsci, 1999: 167).

En ese sentido, intentaremos hacer uso de la teoría gramsciana, buscando interpretar los movimientos sociales sin proponer rumbos, pero percibiendo cómo ellos mismos hacen sus propios caminos.

La concepción de Gramsci es apropiada para los objetivos de este artículo, pues como señala Oliver,

[...] la interrelación entre sociedad política y sociedad civil es la clave para entender la construcción de la dominación y la hegemonía y de las resistencias contrahegemónicas que las protestas y los movimientos sociales despliegan (Oliver, 2007: 19).

En síntesis, aceptamos que los movimientos sociales son sujetos activos de la sociedad civil, que se desarrollan en relación contradictoria y dinámica con los partidos políticos y otras formas de organización de la lucha social que actúan particularmente en el campo de la sociedad política, formando correlaciones de fuerzas que componen el Estado en su complejidad.

El presente trabajo intenta demostrar que, hoy día, el movimiento social MST, de cierta forma cumple determinadas funciones de partido, pues este movimiento, en particular, desempeña un papel¹ fundamental en la formación de los cambios sociales, en defensa del trabajo no alienado, llenando vacíos dejados por la situación general

1 El concepto de *papel* aquí usado sigue las aportaciones de Therborn que llama la atención para la necesidad de vincular la idea de papel a la de clase social: "En primer lugar, el concepto sociológico de papel se inserta en una particular concepción de la sociedad: una visión idealista y personalista en la que se considera el comportamiento social como definido exclusivamente desde un punto de vista normativo, y las relaciones sociales sólo como relaciones interpersonales. Se pierden, así, el concepto de clase y la materialidad de las relaciones económicas y de la tecnología. Los partidarios de esta teoría hablan de papeles ocupacionales pero no de las clases en la sociedad capitalista, ni del plus trabajo y su extracción. Sólo fuera de la problemática sociológica de la comunidad ideológica podemos hablar de 'papeles' de clase, que son definidos por relaciones de producción específicas y funcionan sobre la base de determinadas fuerzas de producción" (Therborn, 2005: 18).

de los sindicatos, que están endeble por la crisis del empleo, la flexibilidad del mercado de trabajo, la pérdida de derechos laborales y el crecimiento del sector informal de la economía, que es poco politizado. Además, ese movimiento insiste en concienciar a las masas de la necesidad de un nuevo Estado, papel histórico que ciertos partidos políticos de izquierda en Brasil han despreciado actualmente.

MIRANDO EL MST COMO MOVIMIENTO SOCIAL Y POLÍTICO

Los movimientos sociales cuando surgen, en Brasil, tienen sus funciones limitadas, restringidas al desarrollo de sus conciencias y experiencias que eran incipientes. Con su desarrollo los movimientos van ampliando sus funciones hacia una formación social que ultrapasa la sociedad civil y penetra en la sociedad política, con la inserción de sus representantes en el parlamento, con el incremento de los canales de participación en la gestión pública, como por ejemplo los *presupuestos participativos*, adonde representantes populares discuten y deliberan acerca de las finanzas públicas. En esto se encuentra, exactamente, una nueva función de los movimientos sociales, que pasan a ejercer una acción tradicionalmente restringida a los partidos políticos.

Pasaron tres décadas para que ocurriera este tránsito de *movimientos restringidos* para *movimientos ampliados*, es decir, de movimientos reivindicativos de bienes de consumo colectivo, para movimientos de protesta y demandas sociales y políticas. El MST acompañó ese movimiento de la sociedad civil saliendo de una condición de movimiento social para entrar en otra añadida de carácter político, cualitativamente distinta, con sus funciones aumentadas y de mayor inserción en la sociedad política.

El MST puede ser interpretado como movimiento social tal como lo define Castells, pues es expresión de conflictos sociales en el “marco de la vida” (Castells, 1980: 2), “directamente ligados a la organización colectiva del modo de vida” (*Ibíd.*: 2-3), o sea, es parte de “procesos políticos contradictorios, expresiones de la vida social de luchas de clase” (*Ibíd.*: 13).

Inspirados en Castells, podemos decir que el MST es como “[...] sistemas de prácticas sociales contradictorias que controvierten el orden establecido a partir de las contradicciones específicas de la problemática [...] social”. Esa cuestión social es entendida como “toda una serie de actos y de situaciones de la vida cotidiana cuyo desarrollo y características dependen estrechamente de la organización social general” (*Ibíd.*: 3). Es decir, el MST lucha para cambiar las condiciones de la producción, por la posesión de la tierra, supresión de la sumisión del trabajador a los patrones, en contra la concentración de la tierra en manos de algunos pocos, y denuncia la falta de servicios públicos

en el campo (unidades de salud, escuelas, transporte, etcétera). En esas condiciones cotidianas, por las cuales lucha el MST, se incluye, también, el desempleo ocasionado por la modernización de la producción y el uso de tecnología que ahorra mano de obra, la inmigración sistemática, la atracción que ejerce la ciudad sobre el imaginario popular, entre otras cosas.

En general, los movimientos sociales al principio tienen aspiraciones localizadas y específicas. Pero, con sus desarrollos tienden a ampliar su abanico de demandas, transformándose en luchas políticas amplias que extrapolan sus intereses grupales corporativos y sus características convencionales. Eso ocurre porque las contradicciones generales de la sociedad capitalista aumentan, expandiendo su lógica de explotación, acumulando intervenciones por los aparatos de Estado, en contra el trabajo y la vida de los trabajadores (Castells, 1980), razones para el surgimiento, la permanencia y el desarrollo de los movimientos sociales.

Podemos decir que una de esas contradicciones es la participación política restringida en el sistema de elecciones. El proceso democrático restringido a las elecciones parlamentarias requiere la participación de los trabajadores como electores. Por lo tanto, con derecho a influenciar en la formación de los gobiernos, pero sin perspectivas de seguir ejerciendo poder sobre otros aspectos de la vida social, como en los rumbos de la economía, de las inversiones públicas, de las reformas políticas, etcétera. Las contradicciones se expanden, cada vez más, cuando se espera y no ocurre un progreso social en términos de avance de derechos sociales y civiles. Las necesidades sociales e individuales se amplían y con eso los movimientos sociales urbanos en que “el consumo colectivo (vivienda, servicios, transporte, etc.) se convierte así y a la vez en elemento funcional indispensable, objeto permanente de reivindicación y sector deficitario en la economía capitalista” (Castells, 1980: 7).

Sin embargo, el movimiento social MST es un movimiento marcadamente rural, mismo teniendo la perspectiva nacional. Además de poseer grupos de apoyo y de trabajo ideológico en las ciudades, es de naturaleza campesina. ¿Cómo, entonces, aprovechar los conceptos de Castells relativos a movimientos ciudadanos en una realidad rural? No vemos, en ese caso, dificultades con la posibilidad de generalización conceptual, pues son concepciones potentes, que dan cuenta de expresar el modo de vida social, tanto en la ciudad como en el campo.

En ese sistema de contradicciones, acerca de las cuales estamos discutiendo, el Estado aún tiene una presencia fuerte y desempeña papel de ordenador de la vida y del trabajo, regulando beneficios, invirtiendo en ciertas políticas públicas, direccionando los servicios pú-

blicos, atendiendo o no a las demandas, actuando más en las ciudades que en el campo, bajo el pretexto de organizar a la economía y generar nuevos empleos. Eso porque el Estado aún es la expresión mediada de los intereses del conjunto de la clase dominante que integra y regula las contradicciones en el orden social.

En contra de eso están los movimientos sociales, que “son verdaderos impulsores de cambio y de innovación” (Castells, 1980: 10). Los movimientos sociales, tales como el MST, son vinculados a la producción y allí se encuentra la diferencia de ellos frente a los demás movimientos urbanos o de protesta política. Por sus vinculaciones con la producción, esos movimientos cuestionan la lógica de la sociedad y de su dominación de clase, por eso son movimientos políticos.

Una evidencia en la literatura especializada es que ella constata que los movimientos son políticos en la medida en que ejercen poder, mismo que difuso y distinto del poder del Estado opresor o de los partidos.

En suma, podemos decir que los movimientos, con todas sus diferencias –algunos críticos del proceso productivo y de la forma de administrar la cosa pública, otros vinculados a la producción y otros que buscan la expansión del consumo colectivo–, son sociales y políticos, porque actúan en el campo de las relaciones sociales.

Se puede conceptualizar movimientos sociales, en general, como canales de expresiones y proceso de participación política de grupos alejados momentánea o permanentemente de las decisiones de gobierno, ubicados en la extensión de la sociedad dada, de ámbito local, regional o nacional, incluso internacional. Son prácticas y concepciones articuladas que remiten a las contradicciones de la sociedad en determinados contextos históricos.

Por su heterogeneidad ellos imponen especificaciones en relación: al *locus*, sea urbano o rural; al tipo de actor envuelto, sea empleados, jubilados, mujeres, jóvenes, indígenas, negros, homosexuales, desempleados, obreros, campesinos, estudiantes, moradores de barrios; a su temporalidad, sea de corta duración o larga permanencia; al período histórico, si se trata de movimientos recientes o antiguos; a su vinculación al proceso productivo (campesinado, proletariado) o al consumo colectivo de bienes y servicios públicos (moradores de barrios, sin-techo, no consumidores, etcétera); a su posición de clase; a su posición de ciudadanía.

El propio desarrollo social histórico genera la complejidad de las formaciones humanas, que aprovechan estas experiencias, criando nuevas expresividades para enfrentar viejos y recientes problemas. Los movimientos sociales son una de esas nuevas expresividades, que de cierto modo llenan vacíos de antiguas orga-

nizaciones, aún vigentes, pero que no dan respuestas a las nuevas demandas, como por ejemplo, los sindicatos y partidos políticos. Eso no quiere decir que los movimientos son positivos y las otras organizaciones sociales son negativas. Tampoco quiere decir que los movimientos son los únicos transformadores de la realidad social. Tanto los movimientos como los partidos pueden tener y, en muchos casos tienen, soluciones populares a problemas como falta de democracia interna, maniobristos, autoritarismo, falta de libertad, imposición de ideas, centralismos, personalismos. Ellos pueden utilizar a las masas como objeto de maniobra, no cumplir sus objetivos, entre otras dificultades típicas de formaciones humanas jerarquizadas.

La cuestión del ejercicio del poder en los movimientos sociales presenta niveles distintos: unos son más políticos que otros. Los movimientos sociales demuestran la existencia del poder fuera de la sociedad política. En el caso del MST, como es un movimiento social muy politizado, su existencia politiza la sociedad brasileña en su conjunto.

Los movimientos mayoritariamente formados por campesinos sin-tierra son, en especial, movimientos de clase. En esos casos no hay heterogeneidad de segmentos sociales en su interior, pero lo mismo no se puede decir de los matices ideológicos de sus seguidores. No todos ellos siguen la misma orientación política, mantenidos por eso como movimiento mismo.

Una discusión que emerge en la literatura especializada es acerca de la naturaleza de clase de los movimientos sociales. Sobre aquello de lo que trata la condición de clase de los movimientos sociales, CLACSO y CETRI, de cierto modo, “ponen el dedo en la herida” cuando dicen que,

los movimientos emergentes han sacado lecciones de los antagonismos de otrora entre sindicatos campesinos y organizaciones indígenas. En cuanto los primeros, de perfil ‘clasista’, daban prioridad en sus análisis y reivindicaciones a las relaciones sociales y a la posición social de su base, los segundos, más culturalistas, tendían a enfatizar opciones identificativas de recuperación de las tradiciones, hasta incluso de recuperación de antiguos órdenes, aunque injustas en el plan social (traducción libre) (CLACSO y CETRI, 2003: 161).

Se inscribe en esa discusión, también, Cardoso cuando hace una revisión acerca de los problemas epistemológicos que el concepto de *clase popular* encierra. Para ella este concepto de clase aplicado a los movimientos sociales “permite, cuasi por analogía, asimilarlos a las luchas de clase reafirmando su carácter de lucha en contra del Estado”

(traducción libre) (Cardoso, 1987: 30), con sus reacciones colectivas al sistema de dominación estatal.

Lo que definiría la posición de clase de los movimientos, de acuerdo con nuestro punto de vista, no es ni el tipo de actor, ni la naturaleza de la demanda, pues es la diversidad lo que caracteriza los movimientos en América Latina. En esta región, se tiene movimientos indígenas, campesinos, de trabajadores asalariados urbanos, de desempleados, de negros, mujeres y muchos otros. Ellos demandan una diversidad de derechos e tipos de participación, como autonomía cultural, derechos universales, destrucción de la propiedad privada de la tierra, trabajo y muchas otras cosas. Entonces, nos parece que la calidad de clase de esos movimientos tan distintos es su lucha en contra de los fundamentos, funcionamiento y efectos de la dominación capitalista neoliberal, que se ubica en el campo de los oprimidos, de los explotados de alguna manera por quien tiene la propiedad, los dominantes, los explotadores o sus representantes.

Con los más distintos tipos de manifestaciones, paseata, mitín, concentraciones, asambleas, abajo firmante, actos públicos, etcétera, los movimientos dan voz y movilización a los excluidos y los oprimidos.

Aun sobre la condición de clase de movimientos como el MST, se tiene el razonamiento de que, como ellos están en una sociedad capitalista, su dinámica resulta ser de clase. Corrobora esa idea lo que dice Hirsch:

Capitalismo designa una sociedad en la que las relaciones de explotación material y los consiguientes conflictos sociales representan el motor de su desarrollo y modificación estructural (Hirsch, 2001: 175).

Tal dificultad en conceptuar los movimientos sociales en clase se debe, también, a que ellos son flexibles pues cambian con el tiempo y tienen una variedad muy grande de posibilidades de actuación. Son organizados, algunas veces formalmente con dirigentes electos, aspecto de la cultura popular que valoriza la formalidad de las instituciones (Durham, 1984: 27), y otras veces, son comunitarios, donde todos participan de las decisiones y de la operatividad de las acciones.

Mismo en un ambiente heterogéneo, nutren la noción de igualdad que implica el reconocimiento del individuo por el grupo, y una identidad en las carencias que igualan todos por la necesidad.

Para Durham (1984) era importante, en los años ochenta, esa contradicción interna de los movimientos sociales: de hacer visible, a los de afuera, la búsqueda por la igualdad, conviviendo con las intrigas y desavenencias internas, pues, esa situación de conflictos y con-

tradiciones potencializa la perspectiva de construcción democrática en la sociedad.

Los movimientos en general se vuelven para afuera, para comunicarse con el Estado y la sociedad. En sus conflictos con los gobiernos construyen su ciudadanía, cuando tienen conciencia de sus derechos y luchan por lograrlos:

la transformación de necesidades y carencias en derechos, que se opera dentro de los movimientos sociales, puede ser vista como un amplio proceso de revisión y redefinición del espacio de la ciudadanía (traducción libre) (Durham, 1984: 29).

Ciudadanía para Durham tiene relación directa con la conciencia de los derechos y de la posibilidad de disfrutar de ellos, solamente garantizada por la lucha social.

Respecto a lo que dice el texto de Durham (1984) acerca de la negación de la *política* como elemento intrínseco a los movimientos en los años ochenta, podemos decir que los movimientos actuales se posicionan políticamente, apoyando partidos o no. Para esa autora sería la búsqueda por la igualdad interna de los movimientos que se miran como comunidades, lo que los hace apartarse de la autodefinición de movimientos políticos o políticos-partidarios. Esa contradicción parece haber sido superada por los movimientos actuales, y por eso evidencia una novedad en la caracterización de los movimientos en los años dos mil, por lo menos respecto al MST.

Evers, estudiando países como Chile, Brasil y Perú, observó cambios en las expresiones de protesta social. Ese autor cree que en la década de ochenta, cuando escribió su artículo, los movimientos no podían ser estudiados teniendo la lucha por el poder como su centralidad, pues ellos estaban en el plan de las reivindicaciones “socio-culturales” y “socio-psíquicas del cotidiano” (Evers, 1984: 12). En ese sentido, Evers utiliza el concepto de “identidad autónoma” como búsqueda por la fundación y por la manutención de las tradiciones y experiencias por los propios sujetos, para explicar la naturaleza de los movimientos sociales, intentando encontrar paradigmas de interpretaciones sociológicas para ese fenómeno, recién publicados en América Latina en aquellos años.

Los movimientos sociales estarían ampliando “la esfera de lo político” cuando asumen la lucha por el auto-reconocimiento como sujetos autónomos, contrariando la idea de exclusividad a los partidos del “monopolio político” (*Ibíd.*: 12). Los movimientos serían intervenciones de masa (*Ibíd.*: 13), en los campos de la acción política.

Serían características de esos movimientos “la rebeldía contra la sociedad existente” (*Ibíd.*: 19). Con su lucha por la identidad se oponen

a la alienación en general, y así luchan por tornarse “sujetos de su propia historia” (*Ibid.*: 18) en un proceso contradictorio de indefiniciones internas y externas, basado en “una práctica social consciente y autodeterminada”, pero con “un rudimental sujeto-por-ser” (*Ibid.*: 19).

Las novedades, en los años noventa, son los nuevos retos que tienen los movimientos sociales en confrontación con el contexto económico en el cual el sector informal de la economía gana relevancia y el desempleo presiona los sindicatos a luchar por el mantenimiento de los puestos de trabajo. El Estado brasileño adopta las políticas de ajuste recomendadas por el “Consenso de Washington” con reducción de los gastos públicos, y con eso entran en escena las organizaciones no gubernamentales (ONG) como intermediadoras de las políticas públicas compensatorias, en partición con el poder público. La coyuntura es de incertidumbre para las clases subalternas, con reducción de derechos del trabajo, disminución del valor de la fuerza de trabajo, crecimiento de los excluidos, los sin-techo y los sin-tierra. Al mismo tiempo y contradictoriamente el capital se reproduce a altas tasas beneficiado por el aumento de la productividad, austeridad fiscal del Estado, privatizaciones de las empresas estatales y liberalización de la economía (Gohn, 1997; Oliver, 2005).

El desarrollo de la sociedad civil sufre con las políticas neoliberales subordinadas al orden mundial de la globalización del capital y crea sus estrategias de resistencia con los movimientos sociales centrados en la conquista de la ciudadanía. Los movimientos ampliados con la participación de mujeres, negros, homosexuales, sin-techo y muchos otros construyen un lenguaje de reconocimiento de grupos sociales con derechos. Gohn define esa nueva configuración de los movimientos sociales, en Brasil en los años noventa como “la recreación de la esfera pública no estatal” que cuestiona la ineficiencia de los organismos tradicionales de la sociedad política, como los partidos y la Justicia. Esa autora identifica como diferencias en el modo de actuar de esos movimientos las acciones colectivas del tipo “campaña” con convocatoria colectiva, otras en el “plan moral” en defensa de las cuestiones éticas contrarias a la corrupción en la política, o aun las acciones pluriclasistas incluyendo en ellas aquéllas relacionadas a las mujeres, negros, etcétera (Gohn, 1997: 302).

A fines de los años noventa el Estado pasa a ser, como dice Ogarrio, el “principal gestor de la globalización económica” en América Latina, viabilizando el neoliberalismo impuesto del Norte (Ogarrio, 2006: 26). Añaden CLACSO y CETRI, que el Estado latinoamericano de esa fase del capitalismo está fundado en el concepto de gobernabilidad que tiene por supuesto la eficacia y la estabilidad, en alternativa al “desorden” de la democracia participativa (CLACSO y CETRI, 2003).

Ogarrio continúa con su análisis garantizando que el contexto de los movimientos sociales, hoy, es de enfrentamiento a Estados latinoamericanos subordinados al nuevo imperialismo norteamericano de dimensiones planetarias, revestido de control democrático, sin la contraposición de ningún régimen socialista de igual proporción. CLACSO y CETRI acrecientan a los Estados Unidos de América, Europa y Japón como la tríada de la dominación capitalista en la región y en el planeta, además de que “el neoliberalismo se implantó rápidamente, principalmente bajo la influencia de los organismos financieros (FMI, Banco Mundial)” (traducción libre) (Ogarrio, 2003: 156).

En síntesis, considero a los movimientos sociales como fuerzas políticas que construyen el sentido de la determinación material de la vida social y política, o sea, los hombres y mujeres se organizan en la producción de sus vidas, para enfrentar los problemas relativos a su reproducción como seres políticos. Esa organización que llamamos de *movimiento social* no es una institución meramente física y estática, pero un proceso social de interrelaciones de subjetividades, deseos, ideologías, procedimientos económicos y otras capacidades culturales articuladas bajo una voluntad política que viabiliza los impulsos para una acción colectiva en beneficio del conjunto de los participantes. Del punto de vista de la dominación que ellos ejercen sobre sus miembros, los movimientos sociales someten sus participantes a una situación particular de experiencias, que forman territorialidades, al mismo tiempo en que capacitan esas personas para una acción política conciente de su situación en cuanto participante de movimientos sociales.

Los movimientos sociales como el MST se distinguen de los otros por las características: a) El grado de desarrollo de la conciencia de sus miembros; b) El desarrollo de la ideología socialista en sus experiencias; c) La extensión de acciones políticas de protesta y crítica política en contra de las instituciones políticas tradicionales de izquierda o de derecha; d) La existencia de un proyecto político de clase para la sociedad, basado en la práctica de la autogestión, participación de hombres y mujeres en la dirección de mando, autonomía política y respeto a las diferencias entre personas, culturas y organizaciones, donde el hombre y la mujer son sujetos de su propia historia; e) Estructura y dinámica consolidadas en la lucha social, mirando la transformación de la sociedad y la construcción de un nuevo Estado, de la clase oprimida.

RELACIÓN ENTRE MOVIMIENTOS SOCIALES Y PARTIDOS POLÍTICOS

El surgimiento de los movimientos sociales coincide con la aparición de la democracia pos dictadura militar en Brasil y de regímenes auto-

ritarios en otros países latinoamericanos, en los años ochenta. Como bien señala Ogarrio, este proceso de democratización en la región experimentó transformaciones en las fuerzas dominantes que él define como “la configuración en América Latina de Estados y sistemas políticos autoritarios con rasgos de democracia restringida” (Ogarrio, 2006: 18). Acompañó ese proceso la construcción de los movimientos como una oposición para contrarrestar el nuevo tipo de dominación.

Ese proceso de democratización del que habla Ogarrio tendrá la característica de constituir un Estado de control democrático, conservador y contrario a cambios estructurales, permitiendo la apertura restringida a los procesos electorales y otros derechos políticos y humanos básicos, incluso llevando los movimientos sociales a las batallas electorales, dejando como segundo plan la lucha en defensa de la transformación del Estado. Podemos deducir de eso que este proceso de democratización restringido provocó un acercamiento mayor entre los movimientos sociales y los partidos políticos, canales que viabilizarían las demandas por la vía electoral.

La sociedad política se fortalecería en ese proceso dirigiendo la sociedad civil hacia la conformación de un Estado definido en los embates políticos electorales, por lo tanto, propicio a ser el retrato de las fuerzas dominantes, mayoría en los parlamentos, favorables al libre mercado y a las privatizaciones de las empresas estatales (Ogarrio, 2006).

CLACSO y CITRI comparten esa idea, cuando señalan que los partidos se alejan de los movimientos porque defienden la democracia política y los movimientos reivindican la democracia participativa y temen su aprovechamiento por los partidos. Para estos autores los partidos hacen así porque ellos, frente al Estado, tienen funciones diferentes a los movimientos. Los autores añaden los resultados de los diversos Foros Sociales Mundiales, encuentros de movimientos sociales del planeta, diciendo que los movimientos plantean la democracia participativa interna a sus organizaciones de lucha “así como los plebiscitos nacionales y otras consultas populares diseñan los contornos de una ciudadanía múltiple y activa, propulsora de la transformación social” (traducción libre) (CLACSO y CITRI, 2003: 169).

Hay que saber acerca de las características del Estado en contra del cual se oponen los movimientos. Hirsch advierte acerca de la importancia de las empresas privadas en la constitución del Estado poco autónomo. Con “el acelerado ascenso de los consorcios multinacionales” las empresas privadas se convierten “cada vez más en interlocutores de los Estados nacionales, por lo menos en plano de igualdad tanto en lo que hace al derecho como al poder” (Hirsch, 2001: 157). Este autor asocia la mayor participación de las empresas privadas en el Estado con la disminución del papel del parlamento en la gestión pú-

blica, cuando dice que “los Estados nacionales no son más que partes de un aparato político complejamente ramificado, en el que los niveles políticos supranacionales, [...], adquieren así mismo una importancia creciente” (*Ibíd.*: 157). Y dice continuando ese análisis: “las empresas multinacionales se han establecido sobre todo como actores independientes con un campo de acción global” (*Ibíd.*:157-158).

La discusión acerca de las características del Estado nacional de competencia definido por Hirsch es necesaria para añadir una argumentación más a favor de la idea de transformación de los movimientos sociales en movimientos-partido. Los movimientos sociales como el MST luchan en contra de esas “ramificaciones” del Estado en su enfrentamiento a grupos económicos de agro negocios en Brasil.

Según Moisés Vinhas (1980), la lucha por la tierra en Brasil significa discutir la cuestión del mercado, de la especulación, y de la reproducción del capital en el campo. Los empleos rurales son reducidos por el uso de la tecnología, y el desempleo provoca las migraciones. La propiedad capitalista de la tierra produce para las exportaciones, usando grandes extensiones de tierra, de manera general con el monocultivo, con fuertes inversiones gubernamentales, concentrando el capital. En resumen, la política agrícola es para el gran productor, transformando y modernizando la producción para las empresas agro-industriales, agro-comerciales y agro-financieras, cuyo objetivo es el lucro, la ventaja y la ganancia.

El MST pelea en contra de esa configuración del Estado actual. Esa lucha por el desarrollo local y familiar en contra del gran capital es otra función de partido que el MST posee.

Como el sistema parlamentario pierde, paulatinamente, importancia para promover “concesiones de clase” y pasa a ser más avalista de decisiones ya consumadas (Hirsch, 2001: 160), el parlamento no es más el escenario de las luchas fundamentales de la clase trabajadora y ésta retoma el enfrentamiento abierto con los capitalistas, en el caso del MST, con los capitalistas dueños de la tierra rural.

Para Hirsch el “colapso del proyecto de sociedad fordista” incentivó la hegemonía neoliberal que promovió una reestructuración capitalista, al mismo tiempo en que se producía una crítica social alternativa creciente (Hirsch, 2001: 174).

Ese proceso de desarrollo de fuerzas contrarias encuentra explicación en Gramsci, cuando dice que el Estado tiende a abolir “autonomías de las clases subalternas”, pero no tiene poder de suprimir todas “las formas de vida interna de las clases subalternas” como los “partidos, sindicatos y asociaciones culturales” (Gramsci, 1999: 30).

Percibimos que la sociedad civil, a lo largo de su desarrollo, se va tornando autónoma y conciente de sus derechos y de su fuerza social cuestionadora del Estado de control democrático y conservador. Eso

se da, también, y principalmente, porque la sociedad civil organizada llevó al poder ejecutivo fuerzas vinculados a los movimientos sociales, lo que, de cierto modo, amplía los espacios de participación popular.

Diríamos que en cuanto los movimientos se acercaban de los partidos, en búsqueda de realizar sus demandas, los partidos se apartaban de los intereses de ellos, para mantenerse en los parlamentos, incluso limitados por las estructuras políticas estatales.

Evers plantea la cuestión de las diferencias entre los movimientos y los partidos políticos al decir que los movimientos influyen los partidos tornándoles nuevos, cuando indican sus líderes para candidaturas partidarias (Evers, 1984: 22). Para el autor los partidos se exhiben como dueños de los movimientos pretendiendo ser vanguardia de ellos, no expresando políticamente la amplia cultura de los nuevos movimientos sociales.

Durham va a discutir las diferencias entre movimientos sociales y partidos políticos en los años ochenta, reconociendo que las relaciones entre esas agrupaciones, pueden ir del “clientelismo a la derecha” hacia “la infiltración militante a la izquierda” (Durham, 1984: 29). Incluso estando aún actualizada sobre la ocurrencia de esos dos tipos de conducta política, hay otras posibilidades de que exista clientelismo a la izquierda, cuando los partidos de los gobiernos considerados de izquierda, como el PT, en Brasil, incluyen en los cargos de confianza líderes comunitarios sacándolos de la lucha y fijándolos en cargos políticos oficiales. También, es posible que existan entidades sindicales dirigidas por *charros*, como es el caso de la Central General de los Trabajadores (CGT) en Brasil, lo que se puede caracterizar como infiltración a la derecha, en el seno de las organizaciones de la clase subalterna.

Las críticas que los movimientos sociales hacen a los partidos políticos, según Durham, serían que los partidos intentaban usar a los movimientos en decisiones que se tomaba afuera de los movimientos (*Ibíd.*: 29). Hoy, ese tipo de problema es más difícil de que ocurra, pues los movimientos están politizados y sus prácticas internas son decididas entre sus participantes.

Coincide con esas ideas Cardoso que distingue, en los años ochenta, los movimientos sociales de los partidos políticos y de los sindicatos, pues para ella, los primeros no son formas políticas tradicionales como los segundos. Dice que los movimientos son “anti-Estado”, por eso son estructuras transformadoras y nuevas:

La gran novedad de estos grupos es su independencia en relación a los políticos profesionales y a los partidos, así como su capacidad de expresar deseos de base de la sociedad (traducción libre) (Cardoso, 1987: 28).

Según esta autora, los movimientos serían opositores, democráticos y surgen en América Latina en un contexto de Estados agigantados, poco o nada democráticos, en procesos de acelerado desarrollo industrial, explicando los movimientos sociales como respuesta a la explotación del trabajo, a la falta de participación democrática institucional. Para esta autora los movimientos tendrían como opositor clásico a los organismos estatales porque a ellos dirigen sus demandas de consumo colectivo.

Pasadas tres décadas de ese surgimiento, los movimientos luchan aún en contra del Estado, ahora menos presente en el control social. Afirma Hirsch que

el programa del 'Estado reducido puede combinarse bien con un intervencionismo acrecentado. [...] Lo que acecha no es tanto el 'Estado guardián' liberal, sino el proyecto neoconservador de un estatismo autoritario reconvertido (Hirsch, 2001: 203).

Cardoso argumenta que los movimientos sociales construyen la idea de "grupo de iguales", aceptando personas que viven la misma condición de los demás, o sea, movimientos como los de los negros, mujeres y homosexuales crean "comunidades" delimitadas por la condición de vivencia de los problemas que involucran el grupo, incluso con el peligro del aislamiento, o con competencia entre sí por la atención del Estado. Un Estado que puede desarrollar estrategias populistas de manipulación de las masas o disminuir los conflictos con el atendimiento de las tensiones (Cardoso (1983: 233). La mediación de las políticas públicas implementadas por el cuerpo técnico de las instituciones del Estado atiende en parte sus demandas, al mismo tiempo que vuelve tensa la relación entre clases populares y Estado.

A la vez, no es menos significativa la actuación de la Iglesia, representada por las Comunidades Eclesiales de Base que tuvieron, en toda América Latina, un papel importante en la organización de los movimientos, prestando apoyo técnico y asistencial a las clases populares en lucha (*Ibid.*: 231).

En esa visión optimista, los movimientos sociales serían formados por nuevos actores: constructores de identidades políticas; autónomos frente al sistema político representativo; populares, espontáneos, conscientes y no manipuladores.

De ahí resulta el comentario de Weffort, citado por Cardoso, acerca de que

[...] las instancias políticas destinadas a representar los intereses populares (partidos, sindicatos, etcétera) no actuaban con autonomía y

estaban subalternas al juego de los grupos dominantes y de las capas medias (traducción libre) (Cardoso, 1983: 221).

Hirsch fortalece la crítica a los partidos, cuando afirma que

los partidos están sometidos a un proceso simultáneo de estatización y privatización. Desde hace tiempo se han tornado aparatos cuasi estatales, legalmente privilegiados y financiados con fondos públicos, [...] sacrificando la vida política de las organizaciones de base, de las secciones regionales y locales (Hirsch, 2001: 187).

Por esas críticas, se comprende porque los movimientos sociales, en Brasil, estuvieron en los años setenta de espaldas a los partidos políticos. En ese entonces la posición crítica de los movimientos cambia y ellos pasan a utilizar los partidos para la obtención de sus demandas. Dice Cardoso que los movimientos como nuevos actores políticos estaban al lado de los partidos y sindicatos, pero con capacidad de influenciar a los dos, sin perder su autonomía.

Los cambios de posición de los movimientos sociales en relación a los partidos permitieron que ellos enfrentasen más directamente al Estado y delimitaron más claramente sus proyectos políticos, para allá del corporativismo, aumentando el acercamiento a sus bases de apoyo.

Lo interesante a destacar es que en ese período, los movimientos sociales tenían por paño de fondo el Estado autoritario, en diferentes países latinoamericanos. Era ese Estado lo que influenciaba la dinámica, el tipo de reivindicaciones de los movimientos sociales, y también la actuación de los partidos políticos. Para Cardoso (1987) los movimientos no eran jerárquicos ni actuaban por representación como los partidos y sindicatos; sus miembros se unían a ellos por lo que tenían en común y no por la filiación partidaria.

Perdura por decenas de años esa ausencia de compatibilidad entre los movimientos y partidos. CLACSO y CETRI (2003) señalan que existe, en la región, fuerte desconfianza de los movimientos sociales en relación a los partidos, como también abstención del electorado joven, denuncia de corrupción, etcétera.

Todas esas cuestiones muestran las distinciones entre los movimientos y los partidos, pero esas contradicciones se complementan. Es cierta la relación estrecha entre lo que ocurre en los partidos y la dinámica de los movimientos, como pondera Revueltas:

[...] la crisis del partido comunista es sólo una parte de la crisis del movimiento revolucionario en general; [...] la crisis de la vanguardia

del proletariado no puede ni debe ventilarse y resolverse a espaldas de la masa proletaria; [...] la crisis del partido tenía como causas más profundas el descontento ante la ausencia de un verdadero partido marxista bien organizado y bien orientado [...] una discusión abierta, franca, enérgica, categórica de este problema y de las responsabilidades relativas [...] puede y debe traducirse al fin en el fortalecimiento político y el reagrupamiento de todas las fuerzas de la vanguardia del proletariado y del pueblo, sobre la base de un programa y de una táctica justos (Revueltas, 1984: 32-33).

Esa relación contradictoria entre los partidos formales y los movimientos sociales es estrecha por la vinculación que ellos tienen con el “proceso general de organización de las fuerzas revolucionarias todas” (*Ibíd.*: 34). Una de las características principales de ese proceso general es la pluralidad de fuerzas y de tendencias políticas ideológicas que configuran la sociedad civil contemporánea. Los movimientos sociales reconocen la existencia de esa multiplicidad de organizaciones y el derecho de ellas que coexistan con sus particularidades, sin una necesidad de negarlas para convertirlas en una única fuerza política.

Por ello mismo, la sociedad política, en los años dos mil, ya no dirige, como dirigía en los años ochenta, la sociedad civil, por una serie de razones, entre las cuales destacamos la relativa autonomía política de esa pluralidad de fuerzas sociales. También, podemos agregar la inacción de los parlamentos frente a los problemas sociales, su mácula por corrupción y negligencia. Sumado a todo eso, el fracaso del neoliberalismo como alternativa capitalista para la resolución de los problemas sociales (Ogarrio, 2006) disminuye, aun más, la importancia del parlamento, principal legislador de esa política económica.

Sin embargo, CLACSO y CETRI (2003) identifican como consecuencias de políticas neoliberales la fragmentación de la organización social y de sus demandas. Para éstos, los movimientos sociales pasaron a poner en lo secundario las luchas políticas, retro-accionaron, redefinieron su pauta de reivindicaciones, pasando de las luchas por transformar el Estado a cuestiones como los derechos universales, pero manteniendo las demandas históricas por mejores condiciones de trabajo y de ingreso.

Se desprende de todo lo que se ha dicho anteriormente que la relación entre sociedad civil y sociedad política es contradictoria pero complementaria, conformando una realidad compleja en sus múltiples determinaciones.

Gramsci articula clase dirigente con Estado y clases subalternas con sociedad civil: “la unificación histórica de las clases dirigentes está en el Estado y su historia es esencialmente la historia de los Estados y

de los grupos de Estado. [...] Para las clases subalternas la unificación no se produjo: su historia está entrelazada con la de la 'sociedad civil', es una fracción disgregada de ésta" (Gramsci, 1999: 89). Para él están en campos distintos: "[...] el Estado (legalidad) y la sociedad civil (realidad) [...]" (Gramsci, 1981: 175), pero enlazados en una unidad contradictoria.

Esto es así porque los partidos como expresiones de la sociedad política no son independientes, pues "todo partido se basa en una clase [...]" (Gramsci: 1981: 81). Para llegar al poder el partido tiene que organizar acciones "político-militares (militares en el sentido de partido), para reagrupar del modo más eficaz posible la estrecha base social en que históricamente se apoya [...]" (*Ibíd.* p. 81-82).

Entonces, las contradicciones entre los partidos y los movimientos sociales son oposiciones de clase. El transformismo que caracteriza esas contradicciones de clase, en un escenario de democracia restringida, se manifiesta en las diferentes formas ya dichas: infiltración de militantes en otras agremiaciones, lucha por la identidad grupal, alejamiento del liderazgo de sus bases, etcétera.

Una de las tentativas de superar esas contradicciones sería el acercamiento de la dirección de los partidos a sus seguidores. En ese sentido Gramsci desarrolla la idea de democracia interna a los partidos. Él señala que democratizan el partido acciones del tipo "participación de la base del P. en las decisiones y el establecimiento de los programas", como también la proporcionalidad entre dirigentes y base en "la composición social de los congresos, de los oradores y de la directiva elegida, en relación a la composición social del P." (Gramsci, 1981: 95).

Gramsci considera importante la actuación del partido en la crisis de hegemonía de la clase dominante, cuando ésta ya no más dirige la sociedad civil. La crisis de hegemonía tiene como rasgo "la siempre creciente dificultad de formar gobierno y en la siempre creciente inestabilidad de los gobiernos mismos" (*Ibíd.*: 124). Como probables causas de esa crisis de hegemonía, Gramsci las encuentra en "la multiplicación de los partidos parlamentarios y en las crisis internas [permanentes] de cada uno de estos partidos [...]: dificultad de gobierno" (*Ibíd.*:124). La corrupción y la "disolución moral" ya parecen, para Gramsci, como formas de debilitamiento de la institución parlamentaria.

Los partidos son mucho más "corrientes de ideas, de puntos de vista; una tendencia" (Revueltas, 1984: 35). Debido a esto los *movimientos sociales con funciones de partido* estarían respondiendo a una situación de carencias y de necesidades de acciones parlamentarias exigibles por la sociedad insatisfecha con las instituciones tradicionales de la Política. Esto se explica, por una parte, por el vacío dejado

por los partidos, y por otra parte, por la capacidad de los movimientos para llenar el espacio con su acción política.

No son los partidos las únicas organizaciones sociales con funciones de partido. Gramsci encuentra en la prensa esas funciones: “En Italia, por falta de partidos organizados y centralizados, no se puede prescindir de los diarios: son los diarios, agrupados en serie, los que constituyen los verdaderos partidos” (Gramsci, 1981: 164). Es cierto que el análisis de Gramsci es coyuntural y la prensa solamente transitoriamente sería “partido”. En nuestra argumentación, los movimientos como el MST no son momentáneamente partidos, ellos conquistaron funciones de partido ampliando su naturaleza, lo que es distinto de la prensa italiana en la época de Gramsci.

En fin, nuestro objetivo con esa discusión fue evidenciar que las funciones de partido no son exclusivas de los partidos políticos. Existen ciertos movimientos que tienen funciones de partido, pero ellos mismos no quieren transformarse en partido, como lo hicieron otros movimientos, en América Latina, ya mencionados al principio de este artículo. Mi hipótesis para explicar esa negativa de ciertos movimientos sociales como el MST a transformarse en partidos es que así ellos se protegen de los peligros de la maquinaria partidaria, de las cadenas de la estructura partidaria, de las presiones del parlamento y del encuadramiento de la legislación. Como están, movimientos sociales y políticos con funciones de partido sin los límites de la institucionalidad de esa condición, ellos se quedan con la fuerza de los partidos, con la aceptación de las masas, manteniéndose inmaculados de la praxis coyuntural, de la *Realpolitik* latinoamericana (Oliver, 2007).

TRANSFORMACIÓN DEL MST EN MOVIMIENTO-PARTIDO

Algunas de las circunstancias que explican el surgimiento de los *movimientos sociales con funciones de partido* son relativas a la acumulación de experiencias de resistencia.

Ya decía Gramsci (1973) que el nuevo Estado, socialista para él, no ha podido ser construido por la democracia parlamentaria, pero solamente por la experiencia asociativa de la clase obrera, por la creación de una red de instituciones alternativas al poder directivo, administrativo y productivo existentes, o sea, por los consejos obreros, campesinos y de soldados.

Esos consejos, mencionados por Gramsci, serían, a su juicio, las organizaciones más avanzadas de las clases subalternas en su país y en su época. En Brasil, quizás en América Latina, el MST es considerado uno de los movimientos campesinos más importantes (CLACSO, CETRI, 2003: 159), por eso tiene un peso expresivo en el escenario político nacional.

Eso es ejemplo de que la sociedad civil ya no es desordenada y caótica, sino que se organiza cada vez más, con el recurso de la educación política y del nivel de conciencia crítica y social de sus miembros que se ha elevado por los medios alternativos de comunicación, por la ampliación de las redes de enseñanza populares, por la divulgación permanente de los principios marxistas, por el trabajo internacional de los intelectuales de izquierda militantes de la lucha por el socialismo en el mundo.

Esa organización de la sociedad civil contemporánea comprende una pluralidad cultural y de credo político, que enfrenta una crisis política institucional³ en Brasil. Esa crisis esta marcada por denuncias de corrupción en los ámbitos legislativos, descreencia general en las prácticas parlamentarias de subordinación y consentimiento con el poder oficial, muchas veces contrario a los trabajadores.

Esa situación se agrava porque esos partidos del gobierno en el poder, como la Presidencia de la República, en Brasil, no han logrado cambiar las estructuras políticas, económicas y represivas del Estado. La policía sigue reprimiendo las manifestaciones populares, el nivel de la miseria se amplía y los derechos sociales no son garantizados en su plenitud.

En ese contexto crítico de las instituciones políticas y, en especial, de los partidos políticos², los movimientos toman impulso y se fortalecen como organizaciones con credibilidad social y popular. La crisis de los partidos de izquierda, hoy, resulta de la crisis política en general. Con esa oportunidad, los movimientos aprovechan para penetrar en los espacios dejados por los partidos.

Es cierto que los partidos de izquierda, hoy, son pragmáticos porque están por delante de dilemas impuestos en la lucha por el poder, por el juego de alianzas, por las reducidas posibilidades de cambios, etcétera. Todo eso llevó a los partidos políticos a un pragmatismo, fundado en ciertas conquistas ligeras en detrimento de los cambios estructurales demorados. En fin, ellos ya no coordinan ni subordinan las instancias sociales a sus ordenamientos estatutarios, pues “en el terreno institucional, los partidos se transformaron en fuerzas atadas a la *Realpolitik* de los gobiernos neoliberales así como se convirtieron en instancias mediáticas de propaganda” (Oliver, 2007: 7).

En el caso del MST, este movimiento, con evidentes limitaciones, hace un trabajo de dirección de la sociedad civil, en el sentido de cambiar el modelo neoliberal del Estado.

2 En Brasil, la crisis del PT empezó en 2005, con las denuncias de corrupción, juego de influencias, préstamos fraudulentos para campañas del empresario sin comprobación; esos casos fueron divulgados en la prensa, insistentemente, dándolos a conocer como “*mensalão*”, “*valerioduto*”, etcétera.

Ese reto empieza a través de la lucha por la tierra colectiva en todo el territorio nacional. Esa lucha, permeada de contradicciones, consiste en ocupar la tierra, acampar los ocupantes con sus familias, esperar que el gobierno avalúe si la tierra es improductiva para, entonces, liberar la tierra para asentar los trabajadores, legalmente, y permitir la producción económica.

Muchas veces las ocupaciones son estrategias violentas, pues infligen el sistema legal y la reacción policial es vigorosa, además de ser un período de transición con pésimas condiciones de morada. En otros casos, la propuesta de asentamiento no tiene resultados eficientes del punto de vista económico, debido a las dificultades con la productividad y con la comercialización de los productos generados. Hay también conflictos entre los trabajadores y los técnicos de las instituciones estatales, como es el caso del Instituto Nacional de Colonización y Reforma Agraria (INCRA) y las universidades. Las contradicciones se encuentran también entre los trabajadores que disienten sobre la propuesta del modo de producción colectiva incentivada, por la dirección del movimiento, imbuidos de la cultura individualista de producción en lotes particulares.

Incluso con tantos problemas internos y externos, el MST cree en reformas sociales promovidas por el actual gobierno brasileño, caracterizado como popular, que incentiva políticas sociales focalizadas y compensatorias, por lo que es conciliador con la política neoliberal y promotor de pocos cambios (Zibechi, 2006).

El MST, en Brasil, ha tenido una posición política de adhesión a los gobiernos del Partido de los Trabajadores, sin pretensiones de participar de los parlamentos con sus propios líderes. Así, su política puede ser hecha afuera de las instituciones oficiales.

La comprensión acerca de su práctica, del punto de vista teórico, tiene por substrato acciones, vivencias cotidianas que llevan a percibir funciones típicas de partidos. Por ejemplo, el MST ejerce el papel de soporte crítico y controlador de la acción de los gobiernos, manteniendo cierta independencia relativa al PT.

Ese movimiento social con sus vivencias y con su política de enfrentamiento abierto al capital, hace lo que teóricamente deberían hacer los partidos: desarrollar las actividades e instituciones de la vida social de la clase trabajadora, organizarlas, reunir las en un sistema de defensa de los intereses de toda la clase oprimida.

Para garantizar su lucha, con ocupaciones de tierras improductivas, sean privadas o públicas, ese movimiento sigue dirigiendo sus acciones para el sentido de la producción colectiva, conquistas de derechos y ampliación de la participación directa en la gestión de sus asentamientos.

El movimiento MST crea posibilidades para que el trabajador asentado pueda producir su alimento, su bebida, su casa, y someterse a una administración colectiva. Hace conocer su trabajo político por la prensa alternativa y no alternativa para el público en general.

En ese sentido, y por eso, es un movimiento que revoluciona el modo de vida y la concepción de los procesos sociales y políticos. Al revolucionar la vida social construye la democracia campesina en el sentido y dirección de la clase explotada. Por todo eso vamos a llamarlo *movimiento-partido*.

Ese movimiento social tiene poder³ de revolucionar las instituciones y estructuras burguesas, por eso es movimiento-partido. Está en la dinámica del poder porque lucha por la emancipación humana y consigue articular el individuo con la sociedad “en las relaciones sociales primarias, en la interacción humana mediada por las relaciones materiales, mercantiles y de capital” (Oliver, 2007: 3).

El MST construye el tipo de *poder difuso*, que está en las relaciones sociales, en todas las partes y no es monopolio de una única modalidad, de un único partido o de un líder en particular (Foucault, 1979: 75). Ese movimiento ejerce, así, la función de partido de construir el poder desde abajo y para los de abajo, en la perspectiva de un nuevo Estado. Al proponerse dirigir las masas, él lucha por el poder popular y no por el poder formal de cargos electivos y de ocupación del Parlamento burgués.

Este movimiento social es de poder de clase porque está en el campo del trabajo, sus miembros son los explotados y desposeídos, trabajadores y no trabajadores formales o informales, que se oponen al capital y a sus efectos sobre la tierra y la vida social. Se suma a otros movimientos revolucionarios y de vanguardia, pues no es el único con esa naturaleza crítica y transformadora.

Planteamos que el MST es movimiento-partido, porque él tiene características directivas para la sociedad en general. Eso es un hecho nuevo que desempeña importante papel en la organización y en la lucha de la clase trabajadora. Queremos decir que la clase trabajadora expresa su conciencia y su forma de vida avanzada en esas nuevas formas de lucha de clase.

Los partidos, teóricamente, tienen la función de dirigir el pueblo, de ser la vanguardia política (Revueltas, 1984). Pero no es exclusividad de los partidos la condición de vanguardia. Por ejemplo, podemos decir que, de cierto modo, el MST puede ser definido como

3 Poder, en el sentido de que esos movimientos adquieren poder y tienen capacidad y condiciones de ejercer ese poder. Poder de vida y de trabajo. Poder independiente del patrón, poder del sujeto autónomo.

una vanguardia política, pues organiza los sin-tierra respetando sus ideales, su cultura, sus costumbres y sus creencias. En general, la dirección que ejerce la vanguardia del MST tiende a ser colegiada, con igual participación de hombres y mujeres, con inserción de los representados en las instancias deliberativas y de mando. En la autogestión de ese movimiento, la elección del líder no se da por la acumulación de teoría que uno aporta, sino por su capacidad práctica de lucha y claridad de los problemas concretos. Por esa razón esas vanguardias no son muy diferentes de los demás miembros del agrupamiento.

Sin embargo, ese movimiento adopta el “centralismo democrático”, busca la disciplina y respeto al comando central de esas organizaciones, con todo lo que eso implica: autorización de la dirección central a las apelaciones individuales, aceptación de las solicitudes de la dirección nacional, y de las normas internas. Por ese tipo de estructura organizacional, Brenneisen identifica el MST a un partido político. Dice ella:

el MST no es un partido político o, por lo menos, no se organizó para constituirse en cuanto tal. Sin embargo, cuando adopta estrategias leninistas, o sea, desde la adopción del centralismo democrático, se tornó una organización, se va acercando en términos de estructura mucho más a la formación de un partido político, que a la de un movimiento social (traducción libre) (Brenneisen, 2002: 90).

Contradictoriamente, el “centralismo democrático”⁴ tiene por base la creencia de que la dirección es legítima y esa legitimidad se fundamenta en la aceptación de esa dirección como capaz y poseedora de calidades superiores a los demás miembros, haciéndola una vanguardia (Cf. Revueltas, 1984: 41).

Gramsci encuentra problemas en el “centralismo democrático”, pues dice que “el ‘centralismo orgánico’ tiene como principio la ‘cooptación’ en torno a un ‘poseedor de la verdad’, de un ‘iluminado de la razón’ [...]” (Gramsci, 1981: 129). Por eso, el MST sufre críticas relacionadas a las supuestas imposiciones de la dirección nacional sobre las demás instancias coordinadoras estatales y locales.

La vanguardia del MST funciona como una fuerza general, que dirige su presión para impulsar el proceso de cambio del sistema capitalista en su conjunto, como dice Marcelo Barros, integrante del MST,

4 *Centralismo democrático*, para Revueltas, tiene como principios orientadores: la autoridad reconocida, la estabilidad de las direcciones nacionales, obediencia a los congresos comunistas internacionales, entre otras (Revueltas, 1984: 183).

en su presentación en el 5º Congreso Nacional del movimiento, realizado en Brasilia, Distrito Federal:

El proyecto del MST es acabar con la mercantilización de la tierra, del agua, [...] acabar con esa perspectiva de mercantilización de la producción humana y de la naturaleza, [...] si resistimos a todos los decretos de exterminio es porque tenemos una misión de transformar esa tierra en una nueva tierra (Barros, 2007).

Para Revueltas (1984), la lucha revolucionaria es una tarea ideológica y práctica, que involucra la capacidad de conquistar a las masas dándoles un objetivo socialista a alcanzar. Todo eso es insuficiente si esas vanguardias no acompañan los desarrollos del conocimiento teórico marxista, de la conciencia proletaria y de la sociedad.

Es cierto que el centralismo democrático trae algunos problemas a la democracia interna del movimiento, pudiendo ocurrir casos de ausencia de participación, liderazgo que no comparte las decisiones, decisiones definidas sin amplia discusión, entre otras cosas, propias de las contradicciones de esos procesos sociales.

La jerarquía en el MST es muy desarrollada pues, según Fernandes (1996), cuenta con una coordinación nacional de noventa personas, dos por cada estado de la federación brasileña, electos en encuentros estaduais; uno de cada central de cooperativa estadual; dos por sectores nacionales (regionalización del espacio propia de esta organización campesina); veinte y uno de la dirección nacional electos en encuentro nacional. Debajo de la coordinación nacional, está la dirección nacional que también hace parte de ella; después vienen las coordinaciones estaduais y coordinaciones regionales, para cerrar la jerarquía con las coordinaciones de los asentamientos.

Esa estructura jerárquica del MST, por un lado permite amplia participación de los liderazgos, pero, por otro lado, no evita el centralismo democrático impuesto sobre los demás miembros del movimiento, los voluntarios. Es verdad que muchos de los voluntarios son reclutados para la lucha social en un trabajo de acercamiento hecho por los militantes del movimiento. Ese trabajo es permanente, lo que hace que la cantidad de los miembros y adherentes al MST sea considerable. Esa cantidad trae efectos e implicaciones sociales, pues da poder a ese movimiento, además de legitimidad, aprendizaje, prestigio en las masas, influencias incluso en los partidos. Todas esas cosas desarrollan y fortalecen la lucha política de esa organización de clase.

Por su fuerte presencia en la vida nacional, con sus congresos y marchas anuales, ese movimiento-partido es objeto de reacción represiva de la derecha y de los gobiernos. Como ya fue dicho, la prensa

registra los casos de transgresiones⁵, opresión, violencia de la policía, arrestos, acciones de los paramilitares y de la Justicia al criminalizar el movimiento.

El MST es creación nueva de la clase campesina y su sistema social de vida y de trabajo trae una novedad histórica. De cierto modo, recupera la noción de que el socialismo o las actividades comunales (la ausencia de la sujeción al patrón, la superación del espíritu servil, la conciencia de la autonomía en sus comunidades) son, la mayoría de las veces, viables económica y políticamente.

Los problemas que enfrenta ese movimiento social son muchos, no se lo puede negar. Incluso, algunos de ellos ya fueron mencionados acá. Pero no son de tal magnitud que comprometa la propuesta política del MST para el resto de la sociedad.

Ese movimiento social permite al trabajador constituirse en un ser colectivo, es decir, que puede perder su individualidad de *para sí*, para adquirir un sentido de unidad de clase.

Las masas en las últimas décadas (1980-1990-2000) engrosaron ese movimiento-partido, dándole fuerza como movimiento comunitario, de protesta y de ciudadanía.

La importancia histórica de las mayorías en ese movimiento social puede ser identificada por su gran proporción territorial, poblamientos, intereses y la lucha por derechos sociales. Seguramente, las mayorías son características de la sociedad contemporánea y expresiones de las clases sociales, tanto como la fragmentación de los agrupamientos humanos y de las organizaciones políticas (Oliver, 2007: 4-5).

El MST es un movimiento de mayorías campesinas, pues en su seno se agrupan innumerables trabajadores, considerados sin-tierra: arrendatarios; parcelarios que pagan renda de la tierra; minifundistas, pequeños poseedores y ocupantes de tierra con menos de 5 hectáreas; y trabajadores asalariados (Stédile, 1997).

Es necesario cuestionar el poder del MST para transformar el sistema capitalista actual de carácter financista e industrial urbano. Aunque esa cuestión, de gran densidad teórica, no sea el objetivo de ese artículo, lo importante aquí es reafirmar que ese movimiento-partido trae novedades en el campo de la política, cuestiona las insti-

5 Acerca de la violencia en el campo, Stédile demuestra la evolución de los conflictos de 1991 a 1995, cuando pasó de 453 casos a 554, entre los cuales había asesinatos. Sin embargo, los datos muestran que esa evolución fue fragmentada pues no aumentó el número de asesinatos, al contrario disminuyó de 54 a 41, las personas envueltas pasaron de 554.202 a 381.086, y las hectáreas de tierra en conflicto de 7.037.722 pasaron a 3.250.731, lo que quiere decir, que más conflictos ocurrieron, pero de menores proporciones que antes (Stédile, 1997).

tuciones tradicionales de izquierda, desarrolla funciones de partido político sin ser partido, conquista grandes masas de trabajadores y no trabajadores que viven del campo. Viene del campo para despertar la ciudad y sus trabajadores aplastados por las crisis de las instituciones, por las circunstancias de las crisis del trabajo formal y de las organizaciones del trabajo industrial, para ofrecer otras posibilidades alternativas.

No queremos decir con todo esto que este movimiento-partido es el “gobernador de una clase”, “que es una clase que puede vencer y puede constituir solo el socialismo”, o que es “clase dirigente”. Sabemos de los límites de este movimiento-partido, de su poca experiencia histórica, de las divergencias internas, de la cultura política burguesa enraizada en los poblados, de la hegemonía capitalista y otras innúmeras dificultades que enfrenta esta organización política, en el campo de la izquierda.

El proyecto político de sociedad humana que tiene el MST es opuesto al de la sociedad capitalista y sigue en la dirección contraria, hacia una sociedad socialista. Confirman esas proposiciones lo que habla una de sus dirigentes nacionales, Fátima Ribeiro, en el 5º Congreso Nacional:

Esa sociedad no nos interesa, [...] la reforma agraria es un nuevo modo de organizar la producción, es una nueva visión del mundo, [...] el proceso de producción no debe explotar el hombre, [...] es necesario combatir la explotación, la propiedad privada, garantizar el trabajo para todos los que viven en el campo (Ribeiro, 2007).

Para viabilizar ese discurso en la práctica, algunas acciones son desarrolladas por ese movimiento, tales como participar en redes de movimientos sociales con el reto anticapitalista, construir foros y encuentros políticos locales y nacionales, para consolidar sus concepciones y vivencias comunales.

Las articulaciones que hace el MST con otros movimientos no son estructurales u organizacionales, sino estrategias ideológicas, políticas, que refuerzan sus convicciones anticapitalistas.

Eses encuentros entre movimientos vienen aumentado en los años dos mil, pero enfrentando las muchas contradicciones que existen en el seno de la clase oprimida. Hay una disputa política entre esas fuerzas de la clase explotada. Sin embargo, es necesario dejar claro que se tratan de contradicciones propias de los movimientos, pues no todos comparten las mismas creencias y posiciones políticas. Los propios movimientos son complejos y múltiples, con divisiones internas de grupos, lucha por el poder, conflictos, etcétera. Cuando hablamos de los movimientos como si fueran algo íntegro, intacto, uno, es una

generalización metodológica, pero estamos conscientes de que es una abstracción que intentamos concretar en la medida en que desarrollamos nuestras argumentaciones.

Se puede aprender, con Revueltas (1984), que las organizaciones de la clase explotada —movimientos y partidos— son producto de las circunstancias y de las cadenas estructurales del capitalismo. En ese sentido, sufren las influencias de toda la sociedad. Cuando ésta está más abierta a los movimientos, si los gobiernos son más democráticos, las organizaciones sociales tienen mayor espacio de expresión. Esa interdependencia no es limitadora ni impositora para que una o otra organización sea de tal o cual formato político, pero son importantes las condiciones sociales y políticas objetivas para la conformación de las luchas sociales.

Las existencia de diferencias entre las fuerzas políticas existentes en Brasil es un hecho concreto que demuestra la capacidad de las organizaciones de la clase trabajadora para crear caminos distintos, actuar en formas diversas, enfrentar los problemas de diferentes puntos de vista, ampliar la lucha en inúmeros espacios y absorber muchas más personas en el proceso de lucha política. Por eso, la multiplicidad política de las fuerzas sociales es un hecho histórico que da poder a la lucha social y no lo contrario. Por eso, la lucha política del MST, por la transformación al socialismo unifica procesos distintos, en una lucha plural, que tiene, al final, el mismo reto, el derrumbe de la explotación capitalista tal como se la conoce actualmente. Esos incontables movimientos sociales existentes, en el campo del trabajo, luchan directa o indirectamente contra el capital, por la democracia participativa, por la libertad responsable con el colectivo, por los derechos del ciudadano, y esas cosas ya son posibles en ese mundo, que ensaya ser socialista y comunitario.

En síntesis, podemos reafirmar que el MST es movimiento-partido porque reúne funciones de partido, como luchar por el poder, votar y elegir parlamentarios de sus intereses, dirigir las masas, tener y defender un proyecto político propio y para la sociedad en general, establecer estrategias y llevar ese proyecto para el conjunto de las fuerzas sociales nacionales.

CONSIDERACIONES FINALES NO CERRADAS

Podemos decir que la lucha histórica por la conquista de una identidad de los movimientos sociales como el MST ya no está en la centralidad de sus acciones, pues esos movimientos se ampliaron para otras funciones, entre las cuales están las funciones de partidos políticos. Ellos se transformaron en una cosa mezclada y compleja, con nuevas contradicciones.

Nuestra preocupación en este artículo fue analizar la acción crítica y política del MST, en cuanto *movimiento social con funciones de partido*, en el ejercicio dinámico y contradictorio del poder, en el seno de la clase trabajadora, y cómo eso modifica su dinámica en la sociedad civil.

Podemos afirmar en conclusión, tal como fue expuesto en nuestro análisis, que: en primer lugar, ese movimiento vive una contradicción interna pues ejerce ciertos papeles de clase de función de partido político, pero no puede de hecho ser él mismo partido; segundo, la lucha social de los movimientos es de clase, producida por y en la sociedad capitalista, pero que apunta hacia la superación de la dominación y la explotación del capital; tercero, ese movimiento, al ocupar ciertos espacios de los partidos interfiere en la dinámica partidaria y redefine su propia dinámica organizacional; cuarto, ese movimiento se vincula a ciertos principios teóricos marxistas, expuestos en algunos discursos, los cuales en su conjunto capacitan a la clase oprimida para nuevas posibilidades históricas; quinto, ese movimiento se transforma en órgano de la clase oprimida, pues lleva esa clase a superación de su condición de clase; sexto, ese movimiento forma, entre sus miembros, una unidad de clase y eso lo hace una de las vanguardias de los movimientos sociales en general.

Todo eso da derecho al MST a ser calificado como *movimiento-partido*.

Los movimientos sociales que ejercen funciones de partidos estarían respondiendo a un contexto de carencias y de necesidades de acciones partidarias exigidas por la sociedad, las cuales no estaban siendo satisfechas por las acciones de las instituciones tradicionales partidarias. Explicarían tales características en el MST los vacíos existentes y la posibilidad de cambios que las fuerzas sociales poseen.

Los movimientos sociales son prácticas construidas que siguen un *patrón* de hacer política de la clase trabajadora, que requiere algún tipo de organización, planeamiento de acciones, objetivo claro, estrategias de luchas para obtención de resultados mensurables o no.

Los movimientos son distintos de los partidos políticos en su naturaleza, pero pueden, como en el caso del MST, asemejarse en ciertas funciones, como las de dirección de las masas o de luchas por el poder, y por eso ellos niegan la división orgánica entre sociedad civil y sociedad política, al mismo tiempo en que niegan la noción de política restricta, confirmando la totalidad social, dejando la fragmentación de lo real al plano teórico abstracto. Con eso, la sociedad civil rompe con la exclusividad de la sociedad política en dominar y en dirigir.

BIBLIOGRAFÍA

- Barros, Marcelo 2007 “Nosso projeto: valores humanistas e socialistas”, Ponencia presentada en el Quinto Congreso Nacional del MST, Brasília, 11 al 15 de junio.
- Cardoso Brenneisen, Eliane 2002 *Relações de poder, dominação e resistência* (Cascavel: Edunioeste. Coleção Thésis O MST e os assentamentos rurais).
- Cardoso, Ruth 1983 “Movimentos sociais urbanos: balanço crítico” en Sorj, Bernardo y Tavares de Almeida, Maria Herminia (eds.) *Sociedade política no Brasil* (San Pablo: Brasiliense).
- Cardoso, Ruth 1987 “Movimentos sociais na América Latina” en *Revista Brasileira de Ciências Sociais* (San Pablo: ANPOCS) N° 3.
- Castells, Manuel 1980 *Movimientos sociales urbanos* (México: Siglo XXI).
- CLACSO; CETRI 2003 “A América Latina”, en Amin, Samir, Houtart, François (orgs.) *Mundialização das resistências: o estado das lutas*. Fórum Mundial das Alternativas (San Pablo: Cortez).
- Durham, Eunice Ribeiro 1984 “Movimentos sociais: a construção da cidadania”, en *Novos Estudos* (San Pablo: CEBRAP) N° 10, octubre.
- Evers, Tilman 1984. “Identidade: a face oculta dos movimentos sociais”, en *Novos Estudos* (San Pablo: CEBRAP). Vol.2. N°04.
- Fernandes, Bernardo Mançano 1996 *MST formação e territorialização em São Paulo*. (San Pablo: Hucitec).
- Foucault, Michel 1979 *Microfísica do poder* (Río de Janeiro: Graal).
- Gohn, Maria da Glória 1997. *Teoria dos movimentos sociais; paradigmas clássicos e contemporâneos* (San Pablo: Loyola).
- Gramsci, Antonio 1973 *Consejos de fábrica y estado de la clase obrera*. (México DF: Roca).
- Gramsci, Antonio 1981 *Cuadernos de la cárcel*. Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana. (México DF: Era), Tomo I y II.
- Hirsch, Joachim 2001. *El Estado nacional de competencia: Estado, democracia y política en el capitalismo global* (México DF: UAM).
- Ogarrio, Gustavo 2006 “Crítica de la razón democrática. Configuraciones de la democratización conservadora en América Latina” en Guldberg, Horacio C. y González, Carlos Mondragón (coords.) *Resistencia popular y ciudadanía restringida* (México: UNAM Colección Política, economía y sociedad en América Latina y el Caribe).
- Oliver, Lucio 2005 “Revisitando al Estado. Las especificidades actuales del Estado en América Latina” en Escudero, Teresa

- Castro y Costilla, Lucio Oliver (coords.) *Poder y política en América Latina* (México DF: Siglo XXI/UNAM/ CELA. Colección el Debate latinoamericano, Volumen 3).
- Oliver, Lucio 2007 "Teoría social y análisis concreto: el uso de la teoría y las categorías en el estudio de los movimientos sociales y las luchas ciudadanas en América Latina", Ponencia presentada en XXVI Congreso Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) (Guadalajara: ALAS), 13 al 18 de agosto.
- Revueltas, José 1984 *Escritos políticos 1. El fracaso histórico del partido comunista en México* (México DF: Era, Obras Completas 12).
- Ribeiro, Fátima 2007 "Reforma agrária: história e nosso projeto", Ponencia presentada en el Quinto Congreso Nacional del MST, Brasília DF, 11 al 15 de junio.
- Stédile, João Pedro 1997 "Questão agrária no Brasil" en Locomte, Wanderley (coord.) *Espaço & Debate* (San Pablo: Atual).
- Therborn, Göran 2005 *La Ideología del poder y el poder de la ideología* (6ª ed.) (México, DF: Siglo XXI).
- Vinhas, Moisés 1980 *A terra, o homem, as reformas* (Río de Janeiro: Graal).
- Zibechi, Raúl 2006 "Movimientos sociales: nuevos escenarios y desafíos inéditos" en *Observatorio Social de América Latina (OSAL)* (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales) Año VII, N° 21.